ras más de tardanza en el General Lane, indudablemente nos hacen rendir.

Nada tengo que recomendar a V. E. sino que todos en general de mis subordinados (los que aún viven) son el resto de tantos valientes que han sabido despreciar la vida por conservar las de sus compañeros; todos, Sr. Exmo., son buenos soldados; en - cuanto a los jefes ¿ qué diré, señor, para manifestar su valor y - pericia ? nada, sino simplemente que son buenos soldados y buenos ciudadanos.

Yo por mi parte, Exmo. Sr., sólo me satisface haber sido un instrumento para la gloria de nuestra patria.

Con el mayor respeto tengo el honor de ser, señor, su muy obediente y humilde servidor.- Firmado, Tomás Childs.- En -- Puebla, a 14 de octubre de 1847.

Ejército de Ocupación.- Cuartel General en México, a 25 de octubre de 1847.

Señor:- Desde a principios del corriente en que tuve el honor de dirigir mis comunicaciones no he encontrado nada de particular que poner en conocimiento del Superior Gobierno, su-- puesto que Mr. Trist es el que en estos últimos días ha tenido mayor trabajo.

Por último, el convoy tan deseado hace tres días llegó a esta capital, después de haber sido conducido con mucha pericia por el General Lane; en cuanto a los recursos que el refe-

bían causado multitud de estragos en el edificio y en la guarnición, y al concluir el día se me dió parte de que por el lado -- del sur, la brecha se hallaba practicable en la muralla de cantería que circunda el cerro. En la noche, a las siete, mandé cesar - el fuego y dí mis órdenes para dar al día siguiente el asalto; - en la mañana había tenido conocimiento de que una sección de tropas mexicanas venidas de Toluca, intentaba sorprender mi retaguardia, para lo que previne que el Coronel Harney, con 800 jinetes - del 19 y 20 de dragones y los voluntarios montados y tres piezas ligeras, saliesen sobre el camino de Toluca a observar aquellas - tropas, pero en la noche se me dió parte de que la sección de -- tropas de Toluca, compuesta de unos mil hombres, se había dirigido a la hacienda de Los Morales y de allí en la tarde se había marchado para la Capital; era un refuerzo llegado a los mexicanos - que cada día contaban con más número en sus filas, porque la población de la gran capital en tropel se confundía entre los batallones mexicanos pidiendo armas; más de dos mil campanas tocaban a rebato, lo que enardecía la pasión del odio contra nosotros y sabía que era voz general "muerte a los yankis"; creí que tendría que tomar casa por casa, pero no ha sido así, sino que hasta hoy unos cuantos mexicanos se mantienen indóciles, pero pronto entrarán al orden. En la noche del día 12 organicé perfectamente mis columnas; vi que sólo contaba con 13,700 hombres de todas armas, que tenía en los hospitales más de 3,000 heridos y enfermos, que necesitaban una fuerte escolta, porque más de 6,000 jine

tes mexicanos obraban fuera de la capital y lo que no tenía dudoso viendo mis columnas entretenidas en un ataque serio, caerían sobre una corta guarnición y serían víctimas aquellos que por todos títulos nos deben demandar tantos cuidados. Al ser de día, (el 13) mandé romper el fuego con las baterías que obraban en contra de Chapultepec, aumentadas con tres cañones de a 18 que en la misma hacienda de La Condesa a unas quinientas varas de la muralla del Castillo se establecieron; las baterías de La Ermita rompieron también su fuego con viveza; a Twiggs previne que estuviese dispuesto a marchar ya sobre San Angel, Mixcoac o Tacubaya; las divisiones de Worth, Quitman y Pillow, recibieron orden para atacar y al ser de día, listas en su formación, esperaban. El Brigadier Smith, con 800 dragones y 12 piezas ligeras, quedó en San Angel con los prisioneros; en Mixcoac quedó el 3º de ingenieros con el resto de la artillería gruesa y cuidando los almacenes; la caballería del Coronel Harney, con sus tres piezas, quedó en Tacubaya. A las cinco de la mañana esta era la disposición de mis tropas. A las seis, el bombardeo era sostenido, pero no por eso las baterías del Castillo callaban sus fuegos; a esta misma hora la batería del Palacio Arzobispal había sido aumentada con tres morteros de a 10, de modo que a cada momento el bombardeo era más terrible sobre las tropas defensoras del Cerro de Chapultepec; a las ocho, Pillow, que en Los Molinos esperaba la orden para atacar, la recibe, y los rifleros de Filadelfia ocupan el Bosque, arrollando a los tiradores mexicanos a sus trincheras; el General Quitman recibe la orden de llamar la atención por el sur; una nube de ri

fleros, tomando por la Calzada de Tacubaya y la Gruesa columna de Quitman, acometen intrépidamente; el General Santa Anna, que cree que allí era el asalto, dirige todas sus fuerzas a aquel rumbo; - Worth, saliendo de Tacubaya, pasa por Los Molinos y toma por la Calzada de Anzures, donde comienza a recibir un terrible fuego de cañón y fusil; viendo por fin, que al ataque falso de Quitman el General Santa Anna resiste con vigor en la Calzada de Tacubaya, ordené a Pillow que cargase; los fusileros de Pillow, en dos columnas, comienzan a subir por dos partes y los rifleros a la vanguardia, aprovechan las peñas y arbustos para dirigir sus punterías; al comenzar a subir por el camino más ancho, la brigada del Brigadier Pierce es detenida por una gruesa columna de infantería mexicana, pero ayudado Pierce por el Coronel Jarsson, la arrolla haciéndole multitud de muertos, el General Pillow, a pie y con espada en mano, dirige valerosamente el asalto; en lo más fuerte de la pelea se presentó la 2ª brigada de la división de Quitman, que con anticipación había yo mandado para que reforzase la columna de Pillow; llega y con la mayor bizarría, arrolla la infantería mexicana subiendo hasta lo más alto del edificio, matando o tomando prisioneros a los mexicanos que se encuentran.

A las diez de la mañana el Pabellón de las Estrellas flameaba en el Castillo de Chapultepec, y los mexicanos se retiraban por las calzadas en dirección de la capital.

Durante esta lucha, el resto de la división de Quitman permanecía a doscientos pasos de la hacienda de La Condesa, - y sólo los rifleros del Missisipi continuaban tiroteando a los -

defensores del puente y a los que se retiraban; el General Worth atravesó toda la Calzada de Anzures y rechazó la tropa que le impedía el paso, de manera que todas mis columnas se hallaban sobre las calzadas que conducen a la capital.

El asalto del Cerro y Castillo de Chapultepec había costado alguna sangre; el General Pillow tenía atravesada la pierna izquierda de un balazo; los coroneles Mcc Gregor y Brayde, de fusileros de Kentucky y de fusileros de Virginia, habían muerto, lo mismo que seis oficiales y 1,200 soldados de todos los cuerpos; los coroneles Fearon y Cobb, de fusileros de Indiana y de Nueva York, habían salido heridos, lo mismo que nueve oficiales y novecientos soldados de todos los cuerpos, pero la pérdida de los mexicanos la calculo de dos mil muertos y otros tantos heridos; han quedado muertos en el campo muchos de sus principales jefes y prisionero ha quedado el General Bravo, jefe del Castillo; además, otros once jefes y oficiales, catorce cadetes y doscientos cincuenta soldados; tres banderas, nueve cañones y ochenta cajas de municiones de cañón y fusil, han sido los trofeos de este glorioso ataque. Han competido todos los oficiales nombrados para el asaldo, en bizarría, pero en particular el General Pillow que muy eficazmente ha contribuido al buen éxito de esta jornada, no separándose (a pesar de su grave herida) de la cabeza de su tropa, hasta no haber tomado las posesiones enemigas.

Luego que el Castillo y Cerro de Chapultepec fueron tomados, las tropas mexicanas se retiraron por el camino de la -